

Martiniano Martín

El Fondo Siniestro del Mezquital

POR FERNANDO BENITEZ

EL rostro sonriente, bondadoso, patriarcal de Martiniano Martín que apareció ayer en la primera plana de EXCELSIOR, velado por las gafas negras del charrismo, no es el de un "otomí de quinta", como él mismo se presenta, sino el de uno de los caciques más infames y repulsivos de México.

Martiniano Martín ha sido diputado federal, dos veces presidente municipal de Ixmiquilpan y en la actualidad es jefe de la junta de aguas, presidente del comité regional del PRI en ese valle de la muerte.

Esta es su historia visible. Su verdadera historia —la historia por que lo demás conocen todos los otomíes del valle— es otra muy distinta y podía ser relatada en pocas líneas. Aunque confiesa ser propietario de "ranchitos" de 44 hectáreas, con seguridad él y sus parientes, tienen más de 200, pero aun en el caso de que realmente tuviera esas 44 hectáreas, semejante extensión de tierra supone una inmensa riqueza en un desierto donde los más dotados campesinos tienen una hectárea regada.

Martiniano Martín no sólo acapara las mejores tierras del Valle, sino el agua que pagó todo el pueblo de México para remediar la miseria de los otomíes, acapara los transportes, la maquinaria agrícola y desde luego el poder político que él ha empleado para enriquecerse y amenazar, perseguir, despojar y asesinar a sus "hermanos de raza". Martiniano Martín no está solo, comparte el poder político y económico con el doctor Rafael Romero y Anatolio Romero, otros dos caciques que también detentan cargos de elección popular, aguas, tierras y ganados y ha sido cómplice de los sucesivos gobernadores del Estado de Hidalgo quienes, sin excepción, se han convertido en latifundistas y millonarios sin excluir por supuesto a los Corona del Rosal y a los Sánchez Vite.

★

Y el resultado de esta situación salta a la vista. Ixmiquilpan es un vergel, una sucesión de "ranchitos", de ricos alfalfares, hortalizas costosas, ganados y tractores, propiedad de los caciques, pero no bien se andan 10 kilómetros la línea verde del paraíso se interrumpe bruscamente y se inicia el desierto, el reino del polvo y del mezquite donde 50.000 otomíes, privados de agua y de tierra viven

tallando magueyes y lechuguilla, tejiendo ayates y ganando un promedio de dos pesos diarios.

Cuando estos espectros reclaman una participación del paraíso que les ha sido arrebatado, los pistoleros de los caciques se encargan de amedrentarlos o en último extremo de asesinarlos como es el caso de Pueblo Nuevo, donde en un minuto mataron a 10 campesinos inermes que habían recobrado sus tierras por una resolución presidencial que obtuvieron después de luchar 20 años.

El Valle del Mezquital es un ejemplo límite, debido al contraste abismal que puede existir entre un Corona del Rosal o un Martiniano Martín y millares de hombres vestidos de harapos que comen tortilla y chile y viven en cabañas piojosas y desabrigadas, pero desgraciadamente no es el único.

★

EL 30% de las tierras de los distritos de riego pertenecen a los nuevos latifundistas y el 80% lo acapara a través de alquileres o de sistemas de medieros un pequeño grupo de poderosos caciques que en su mayoría militan en las filas del PRI y detentan el poder económico y el poder político.

El problema es pues un problema doble: para que la riqueza de los pocos oasis no la acapare un reducido número de bribones y beneficie realmente a millones de campesinos, se debe reconstituir los ejidos colectivos y para que el partido oficial recobre su sentido revolucionario se debe expulsar a los caciques y sustituirlos por campesinos honestos, elegidos democráticamente.

Se dirá que la corrupción reduce esta propuesta tan simple a una mera utopía pero el dilema es el siguiente: o México modifica las estructuras rurales y encuentra un camino para crear un mercado interno o no saldremos nunca del subdesarrollo. No somos un país pobre sino un país injusto y la injusticia engendra miseria, desesperación y violencia.

Y es así como detrás de la foto de un patriarca sonriente se dibuja no sólo el fondo siniestro del Valle del Mezquital, sino el de un México que no ha logrado sacudirse la herencia colonial de caciques millonarios y de peones cuya sola presencia nos sonroja.